

II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía

Mesa Redonda

“El malestar en la ciudadanía y su problematización en la Ética contemporánea”

¿QUÉ MALESTAR EN LA POLÍTICA? REFLEXIONES PROVISORIAS SOBRE EL TRIUNFO DE PRO EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.

Nicolás Pagura

Intentemos hacer un análisis de situación a partir de lo que podríamos llamar “malestar en la política”. Aunque no tengamos definida nuestra idea de política sabemos, sin embargo, de su importancia: después de todo no es sino con la política que se pueden impulsar los cambios sociales, culturales y económicos que necesitamos para nuestras sociedades. Partamos entonces de una idea provisoria: la política es sinónimo de cambio.

Además tenemos la suerte, en nuestro país y en Latinoamérica en general, de llevar un buen tiempo viviendo en democracia. El sentido común indica que la democracia debería ser el lugar por excelencia para el desarrollo de la política. Y sin embargo, hace tiempo que venimos escuchando hablar de que estamos ante una “crisis de la política”. Sin entrar en detalles, algo de cierto hay en esto: sabemos del descontento general frente a los políticos, de la poca participación pública que hay, etc. “Una nueva política”, frase frecuentemente escuchada hoy, que parece difícil no apoyar. Pero si frente al descontento queremos algo nuevo, conviene previamente hacer un análisis de situación del mismo.

Porque a veces, antes de actuar, conviene pensar. Esto es hoy más cierto que nunca. En la Ciudad de Buenos Aires, la derecha ganó las elecciones haciéndose cargo –según creemos– de este malestar en la política. Analicemos un poco este hecho desde esta perspectiva, desechando entonces todo análisis en términos de engaño, simulación, marketing electoral, etc. Vamos a sostener que el votante de Macri no ha sido engañado sino que ha votado con cierta racionalidad, que desde nuestro punto de vista tiene relación con lo que llamamos “malestar en la política”. Veamos.

Como es sabido, uno de los ejes del discurso de PRO es el énfasis en la *gestión*, sintetizado en la frase de su líder: “con la gestión, se pueden solucionar los problemas de la gente”. Se ha dicho, no sin razón, que este discurso contiene una racionalidad típicamente neoliberal. Veamos por qué. La idea de “gestión” es un latiguillo muy común del ámbito empresarial. En una empresa capitalista, el fin en principio está dado: es la ganancia. En la medida en que el fin no es un problema, el énfasis está puesto en los medios necesarios para alcanzarlo. Elegir y administrar los medios en vistas a la consecución del fin último: eso en principio es la gestión, que se maneja con una lógica instrumental y eficientista.

El problema de aplicar esta lógica empresarial al manejo del Estado (que es el mismo problema de entender al Estado como una empresa, y el de reducir la política a la gestión) radica en que el fin del Estado no está dado como sí parece estarlo en la empresa. La gestión del Estado no es neutral: elegir ciertos medios presupone privilegiar ciertos fines en desmedro de otros. Esto se puede ver en el hecho de que cuando se pretende aplicar la lógica eficientista en un Estado realmente se toman decisiones políticas: así, no hay ningún tipo de neutralidad en la decisión de disminuir el gasto público por ejemplo recortando el presupuesto en educación o en cultura, o despidiendo empleados, no solo porque el fin último de un Estado no es “que las cuentas cierren” (que no haya déficit fiscal) sino además porque incluso para este fin

se podrían elegir medios diferentes, que implicarían resultados y orientaciones políticas diferentes.

La gestión del Estado no puede llevarse a cabo sin tomar decisiones, y en la medida en que los fines ni están dados ni son cuantificables, aquellas no pueden tomarse por un mero cálculo neutral de costos y beneficios. Las decisiones políticas son realmente conflictivas; presuponen concepciones de mundo y todo aquello que la derecha hoy suele denostar con el paradójico nombre de “ideología”.

Nuestro objetivo primario aquí no es, sin embargo, derribar el mito del “gestor neutral” ni proponer algún tipo de “retorno de las ideologías”. Quisiéramos más bien sostener que el votante de Macri no es víctima de un engaño publicitario, sino que sabe perfectamente de toda esta mentira macrista de la gestión pero que aún así, se aferra a la creencia en la misma. Porque en definitiva lo que resulta atractivo de este discurso es que elimina el fantasma del conflicto social y político tras la figura del gestor eficiente. ¿Acaso no ganó Macri las elecciones apartándose de las discusiones y de la confrontación de ideas? ¿No es esa la esencia de su lema, “venimos a hacer, no a discutir”? Prestemos un mínimo de atención al discurso de campaña de PRO frente a los conflictos sociales. Se ha dicho que Macri moderó su discurso al respecto. No dijo, como lo había hecho anteriormente, que había que meter presos a los cartoneros sino que les iba a dar un empleo formal, una mentira obvia pero que sin embargo la gente decidió creer. ¿Por qué? Por su promesa implícita de solucionar mágicamente el conflicto social. Lo mismo puede decirse de su promesa absurda de sacar a los piqueteros de las calles sin derramar sangre. Lo que el sujeto del discurso macrista quiere (el localismo del “vecino”, típico porteño egoísta) es simplemente que estos sujetos “indeseables” desaparezcan por arte de magia, sin dejar huellas (como podría ser la sangre) del conflicto social que su figura representa¹. Así, decide creer las mentiras más absurdas. Macri no miente: solo dice aquello que el “vecino” quiere escuchar y creer. Si engaña, es porque la ciudadanía se lo estaba pidiendo a gritos. La nueva derecha se sostiene (al menos en el terreno discursivo) cada vez más en la promesa vacía e imposible y menos en el llamado a la represión explícita. Así logra interpelar a la clase media “bienpensante”.

Simultáneamente, el discurso gestor promete resolver los problemas con sus “técnicos” y sus “especialistas”. Tiene un carácter fuertemente privativo y con poco lugar para la participación ciudadana. Presenta a la política como un servicio. También es efectivo entonces interpellando al ciudadano-consumidor de los tiempos que corren, ese que responde a la ley del menor esfuerzo y al egoísmo como principio de acción. Tenemos entonces los dos ejes de la “antipolítica” macrista: su negación del conflicto y su carácter anti-participativo.

Lo más preocupante es que este discurso anti-político debe su efectividad última a su inscripción en el imaginario liberal-democrático de nuestras sociedades, a la obsesión imperante por borrar todo conflicto mediante el consenso compulsivo², y a reducir la política al momento de elección de los “representantes”, elección que aislada de todo otro tipo de compromiso termina guardando similitudes más que formales con la de los objetos de consumo en el mercado. El triunfo de PRO refleja la hegemonía de un discurso que se ha instalado en la sociedad con la complacencia de los políticos de centro izquierda, los medios de comunicación y también (aunque con menos peso) de los intelectuales; un discurso que reniega del conflicto, de la construcción de

¹ Igual que la cobertura mediática de los EEUU en Irak: sin sangre. Síntoma de estos tiempos: el nuevo ciudadano democrático no quiere que le muestren las consecuencias de las acciones llevadas a cabo por su gobierno, que sin embargo no tuvo problema en consentir.

² Señala Rancière: “En este sistema, todo litigio se convierte en el nombre de un problema. Y todo problema puede reducirse a la mera falta –el mero retardo– de los medios de su solución” (Rancière, J., *El desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, p. 135). Creo que queda bastante claro que lo atractivo de la gestión radica en que se la presenta como el mecanismo para llevar a cabo esta conversión, que se presenta como una necesidad.

hegemonías y de la participación ciudadana. Es esto lo que despierta desconfianza en este “malestar en la política”. Es como si el prometedor “que se vayan todos” del 2001 estuviera hoy mostrando su peor cara con la “nueva (anti)política” macrista. ¿Nuevo republicanism? Macri, en un ejercicio conceptual inédito en él, ha dicho después de su triunfo: “el siglo XX fue el siglo de los derechos humanos, el siglo XXI será el siglo de las obligaciones”. El desafío está lanzado. Es una tarea pendiente para el pensamiento de izquierda articular un nuevo discurso, renovador, pero que a su vez evite hacer tantas concesiones a ese liberalismo (político o económico, no son tan distintos después de todo) hecho sentido común en nuestros días.